



La Hoja del

Tamoanchan



Crónica de Historia Regional Centro INAH Morelos

Fecha: 2 de Junio de 1996

Epoca IV

Año VII

Número: 346

Chalcatzingo, un pueblo campesino milenario

Miguel Morayta Mendoza

Ya en el siglo XX, la hacienda contaba con cerca de cincuenta kilómetros de acueductos cerca de cincuenta jagüeyes, inversiones por ciento sesenta mil dólares y ganancias por un millón de pesos. Por el otro lado, Chalcatzingo había perdido casi todas sus tierras y el agua para sus campos, sólo usaba la que se filtraba de la hacienda. Sus gentes estaban amarradas a la hacienda como única forma de conseguir con que comprar el maíz y su demás sustento. Los abuelitos que vivieron esa época contaban de sus días en la hacienda. "A los grandes pagaban cincuenta centavos y a los niños veinticinco por un día de trabajo. Antes de las cinco de la mañana, se formaba uno frente la puerta grande hasta que habrían. Luego de que pasaban la lista, nos podían a rezar y a dar gracias a Dios. Después empezaba la faena que era cargar cuatro panes de azúcar de once y medio kilos cada uno, los niños cargaban de a dos. Esto duraba una hora y media. De ahí al campo donde nos fijaban una tarea que consistía en veinticinco zurcos de cuarenta metros cada uno (jun kilómetro). A las siete de la mañana nos daban menos de quince minutos para echarse unas cuantas tortillas. A medio día daban media hora para comer los tacos que traían los "tlacuateros" del pueblo. Si no terminábamos la tarea, el mayordomo rebajaba la paga, además de

que nos trataban a punta de groserías. El trabajo terminaba a las siete o siete y media de la noche. Después de que nos volvíamos a contar nos íbamos a descansar a la casa para estar listos para el otro día".

En estas condiciones, niños y hombres pegados a la hacienda no podían asistir ni a las fiestas. Muchas de las obligaciones ceremoniales quedaron en manos de las mujeres de la casa.

Todo era de la hacienda y por todo cobraba. Había unos vigilantes que se llamaban guarda campos que no permitían a nadie llevarse ni un pedacito de caña a su casa, o la pagaba o lo golpeaban en castigo. Para que alguien pudiera cortar leña tenía que pagar un peso por un día de corte. Algunas familias lograban rentar tierras de la hacienda para sembrar. A cambio tenían que entregar un mínimo de cinco cargas de maíz y cien manojos de zacate puestos a la puerta de la hacienda, además de dos semanas de trabajo gratis en los cañaverales.

Eran días duros en que la policía rural a las ordenes de la hacienda se aseguraba de que todos estuvieran "dándole duro" cuando le convenía a su administrador. La policía recorría los pueblos casa por casa para asegurarse que nadie se quedara de "vago". Al que le caían en casa lo arrestaban y si reincidía, podía ir a parar a la leva.

Pero más duros fueron los días en que la noticia de que un tal Emiliano le

venía sonando a los administradores de las haciendas. Para entonces, la mecanización que acompañó la modernización se convirtió en desempleo para los campesinos. Cada día se ocupaba a menos gente, las necesidades crecían y presionaban para irle buscando en otras haciendas vecinas del estado de Puebla.

Para 1911, once chalcatzingas se unieron a las filas zapatistas. Luego los siguieron otros treinta y seis y luego más. El decidir luego el día en que había que recuperar lo que por muchísimos años había sido fuente de su vida y de su ser campesino, sus tierras.

Los años que siguieron se fueron volviendo más difíciles. Difíciles para los que se fueron a la bola. Difíciles para los que se quedaron a sobrevivir y a apoyar desde el pueblo a los "alzados". Para 1913 había un terrible ambiente de angustia. A la menor sospecha la gente era fusilada. Si alguien era encontrado con ropa limpia, era motivo suficiente para sospechar que era un rebelde y no un agricultor. Así nomás, la gente era colgada o fusilada. Para colmo el gobierno federal decidió concentrar a la gente de Chalcatzingo y muchos pueblos más en Jonacatepec, para así quemar todas las casas. Los del pueblo decidieron huir a los pueblos poblados del Este y desde ahí veían el humo de sus casas quemándose. Solo de noche y para ir a enterrar a sus muertos se aventuraban a regresar antes de 1914. En este año, se dio el hambre. Muchos murieron al no resistir la falta de comida. Hasta las biznagas de la milpa se comieron, los que lo vivieron nunca olvidaron su terrible sabor.

(Continuará)...

Cartelera

MUSEO REGIONAL CUAUHNAHUAC

(Palacio de Cortés)

"Juegos y Juguetes"
Exposición temporal de juguetes tradicionales mexicanos y miniaturas
Martes a Domingo
de 10:00 a 12:00 y de 12:00 a 14:00 hrs.
Talleres infantiles

MUSEO Y JARDIN ETNOBOTANICO

Matamoros No. 14 Col.
Acapantzingo

"El Cuachalalate"
Exposición Temporal

MUSEO DEL EX CONVENTO DE LA NATIVIDAD

Av. Revolución y Plaza Principal,
Tepoztlán

"Hermosas niñas de Tepoztlán"
Fotografía y Poemas
Eugenia Echeverría

MUSEO HISTORICO DEL ORIENTE DE MORELOS

(Casa de Morelos) Callejón del
Castigo No. 3, Cuautla

Retrospectiva '89-96'
Exposición Pictórica
Armando "Pozo" Rodríguez

Todos los Sábados a las 12:00
hrs.
Taller Literario con José Agustín

MUSEO DE SITIO DE XOCHICALCO

A 5 minutos de la Zona
Arqueológica, Xochicalco

"Marcas en el Tiempo"
Exposición de Sellos
Prehispánicos

Nota: Como una actividad complementaria de la exposición "Juegos y Juguetes" se presentará el espectáculo de danza para niños "Mañanita de Juguetes" los días 2 de junio a las 18:00 hrs. en la Explanada de la Plaza de la Solidaridad y 23 de junio en la Plaza de Armas a las 18:00 hrs.

Memoria fotográfica

Fuente Gráfica: Fototeca "Juan Bernabé", Centro INAH-Morelos.

José Miguel Prieto

El Jardín de la Constitución de la Ciudad de Cuernavaca, cerca del año de 1935. La estatua, el Gobernador Carlos Pacheco.

El famoso Laurel de la India, árbol que por sus dimensiones cautivó a propios y extraños en los años que vivió.

Los miradores que abundaban por decenas en el primer cuadro de la ciudad, y por supuesto las jardinerías y adornos que se antojan prehispánicos y que protegían los jardines del lugar. No puedo decir que esto me remita al pasado que no viví, pero sólo de verlo y sentirlo a través de la imagen fotográfica me enamoró de una ciudad que conocí 30 años después, aún no siendo como la vemos en esta fotografía.

